



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Historia literaria, por D. J. de P. Blanco.*—*El caballero Jolyotte, por D. Amadeo Achard.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

TEATRO PRINCIPAL.

Concierto á la promenade á beneficio del hospital civil de la provincia.—Todos locos, ópera en dos actos.

El pingüe resultado obtenido por la Clase de Damas en el primer beneficio que no ha mucho tuvo lugar con aplicación al hospital civil, indujo á la Junta Provincial de Beneficencia á rogar á las mismas distinguidas señoras se sirviesen ponerse al frente del segundo que por espresa condicion de contrato debia verificarse, y en efecto, no era posible poner en mejores manos su esperanza. Con esa fecundidad de pensamiento que las distingue, con esa actividad prodigiosa que las caracteriza, idearon renovar la memoria de espectáculos que un día alcanzaron un éxito brillante, y cuyo recuerdo vivia aun grato en la mente de muchos. Hablamos de los conciertos á la promenade, nombre que le damos porque con él fueron importados aquí, por mas que lastime nuestro oido esa voz exótica, que sin haber sido siquiera españolizada ha tenido á bien colarse de rondon en nuestro idioma, no obstante que nadie le haya dado carta de naturaleza, y menos de vecindad.

Habíase anunciado el concierto para el sábado 21 del que rige, pero decíanse todos al oido que el concierto no iba á ser tal, sino un baile vergonzante, que por razones que saltan á la vista le convenia taparse la cara hasta el momento oportuno. Esto á nada compromete-

tia, caso de que la reunion no fuese tal como fundadamente se esperaba; esto ofrecia un motivo para recomendar, como se hizo, á las señoras y señoritas la mayor sencillez en sus trages, y esto en fin autorizaba á limitar la duracion de la fiesta á un espacio de tiempo, si bien hartó mayor que el que permitia el anunciado concierto, no tan grande que diese ocasion á echar de menos ciertos preparativos indispensables en funciones destinadas á durar una noche entera.

Convengamos en que todo se habia calculado bien.

Llegó la hora, abriéronse las puertas, pero la concurrencia no se vino de tropel, sino de una manera paulatina y lenta, que nos hizo temer por su animacion. Sin embargo, algo mas tarde Los Lanceros ponian en movimiento á un centenar de jóvenes, y un razonable número de lindas caras se sonroseaban entre los sonos de la agitada polka. La reaccion habia venido; estábamos salvados.

¿Pero como fué esto?

De una manera muy sencilla, y lo que es mas, muy prevista.

Tocada que fué á toda orquesta la primera pieza anunciada, que era la magnífica sinfonía de Fra-Diavolo, parece se formuló una petición á las señoras directoras del concierto, en la que se les suplicaba permitieran se bailase. Esto era en rigor pedir que se faltase al programa; pero ¿qué es un programa, y en España? ¿Ni quién tenia por otra parte interés ni deseo de que se guardase? Accedióse sin dificultad, y el concierto como por comedia de magia mudó su piel, mostrando la de baile que llevaba debajo á prevencion; ó por mejor decir, no tuvo que mudarla, toda vez que las señoritas concurrentes no habian hecho maldito el caso de la recomendacion de estremada sencillez puesto en el anuncio, como quienes iban prevenidas para muy diferente cosa de aquella que aparecia ser. Fué una improvisacion muy

pensada de antemano, al modo que lo son casi siempre las de los poetas.

Danzóse algunas horas; la concurrencia, si no pudo llamarse numerosa, fué la suficiente á animar el salon, y á la una de la noche la marcha real soltó la indirecta de despedida, bien así como el sacristan pasea la iglesia haciendo sonar el manajo de llaves para advertir á las devotas reacias que se va á cerrar la puerta.

Las bellas y elegantes danzadoras salieron de allí á paso lento y volviendo la cara hácia la orquesta, como pareciéndoles poco el rato, y eso que habia sido de cuatro horas y media, pasadas bajo una temperatura sofocante aun para los que estábamos quietos.

Por aquí pueden calcularse aproximadamente los grados de calor que hubiera señalado un termómetro colocado entre un polkista y su compañera.

De las salamandras creyeron los antiguos que vivían en el fuego, pero nadie ha dicho de ellas que bailaban.

Contenta ha debido quedar de la Clase de Damas, la Junta de Beneficencia, y contento de ambos el hospital civil. En nuestro siglo positivo y un tanto egoísta, la beneficencia no puede apoyarse solo en la caridad, como otras veces. Es menester hacer que el solaz propio redunde en el bien ajeno, las buenas obras se hacen frecuentemente cantando y bailando, y lo que sirve al alivio del pobre enfermo así procede de una limosna como de un rigodon. Todo es bien que se utilice, puesto que el mundo va como va.

No terminaremos este artículo sin decir algo del salon del Principal, tal cual se improvisa para bailes.

Hace sesenta años, que esos contará de fecha el tablado, aquello podia pasar por aceptable y hasta por bueno; pero hoy no es ya ni uno ni otro. Pase en un baile de máscaras, de esos de gaban y sombrero puesto, donde todo lo que puede exigirse es espacio en que codearse; mas pasando un punto de allí fáltale mucho en decoracion y en comodidad. Aquella gradería de ingreso en la que cada pieza está separada de la contigua por un profundo surco, aquellas tablas remendadas que crujen bajo los pies, aquella banqueta corrida desnuda y despintada, aquellas cabezas de los pernos que se destacan sobre las madres de asiento, se avienen muy mal con las gasas, los tafetanes, las tarlatanas y las triples enaguas de nuestras elegantes. La preciada ave de rico plumage no está bien en uná jaula de mimbres ó de cañas.

Y por otra parte, ¿se va allí á bailar ó á correr patines?

No lo decimos por el caso presente, pues ya cuidamos de manifestar mas arriba que si no se anunció como baile fué porque entonces habrian sido necesarias otras condiciones previas y otros preparativos. Esto especialmente fué lo que quisimos indicar.

Pero bien es se tengan en cuenta nuestras observaciones por si llega un dia en que tengan su lugar oportuno.

Vamos á concluir este artículo diciendo alguna cosa de la nueva opereta puesta en escena en aquel teatro con el título *Todos locos*.

Su original italiano lleva el de *I pazzi per progetto*, y su música es de Donizzetti.

La íntima semejanza de su argumento con el de la pieza francesa *Un paseo á Bedlam*, no nos deja duda de que la una ha sido calcada sobre la otra, si bien ignoramos quien ha tomado de quien, porque no hemos tenido á la vista el libreto para comparar las fechas respectivas.

Si, como es muy presumible, el autor italiano siguió al francés, fuerza es confesar que lo destrozó lastimosamente. Y eso que, segun tenemos entendido, el Sr. Sanchez Albarán ha hecho sobrenaturales esfuerzos para mejorar la obra en un arreglo concienzudo, como lo son todos los suyos.

Aunque no sea esta una de las buenas producciones de Donizzetti, al cabo lleva el sello del talento músico de su autor, y hay piezas, especialmente en el acto primero, que no son indignas del eminente compositor. La ópera, sin embargo, es obra de escaso empeño en sí misma, y desigual en las partes que la forman. No se ha oido con disgusto, pero tampoco ha entusiasmado.

La escena se ha puesto muy bien.

La ejecucion no pasó de mediana. La señorita Ramirez se hallaba indispuesta de garganta, pero no de corazon. El trozo de su fingida locura es una soberbia cosa. Allí es toda una actriz. Nosotros, por lo mismo que somos severos con las faltas de los artistas, no escatimamos nunca la alabanza á lo que es verdaderamente digno de ella.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

HISTORIA LITERARIA.

DELILLE.

Algunos años antes de la caída de la monarquía francesa, en el seno de una sociedad que la revolución no había aun dispensado, y en un tiempo en que las artes y las letras podían encontrar todavía tranquilos admiradores, fué donde se dió á conocer el célebre Jacobo Delille, nombrado en aquella época embajador en Constantinopla.

Al contemplar los hermosos campos de la Grecia, el hombre inteligente y artista de que hablamos, no resistió al deseo de visitar los lugares consagrados al arte y á la poesía; y en efecto, se embarcó en un buque que debía partir para las riberas de Atenas.

Encantado de poder contemplar la patria de Sophocles y Eurípides, entusiasmado de cuanto veía, dirigió una carta á una dama de París, que obtuvo una inmensa celebridad, rindiendo profunda admiración á los monumentos y á los recuerdos de la antigüedad. Después de Atenas visitó á Constantinopla, pasando el invierno y todo el estío en la deliciosa residencia de Thérapia.

Allí complaciase en contemplar el espectáculo maravilloso de los innumerables buques que pasan del mar Negro al Bósforo y del Bósforo al mar Negro; la multitud de káiques llenos de dorados relieves que se cruzaban sin cesar, dando á este brazo de mar el aspecto mas pintoresco, al par que sobre la otra ribera se destacaban las magníficas playas del Asia cubiertas de kioscos y de verduras. En aquellas lindas praderas, en el transcurso de mañanas deliciosas y tardes apacibles, en medio de aquellas escenas tan poéticas, fué donde compuso el poema *De la Imaginacion*. ¡Dónde podía Delille ser mejor inspirado!

Jacobo Delille nació en Aigueperse (en Auvergne) el día 22 de Junio de 1758. No conoció las dulzuras de las afecciones de familia que hubieran hecho la felicidad de un ser dotado como él de instintos tan tiernos y generosos. Pobre y sin recursos, salió de la escuela de su villa para entrar en el colegio de Lisieux donde con tan buen éxito terminó sus estudios. En este tiempo le ofrecieron y aceptó una plaza de maestro elemental en el colegio de Amiens, donde conoció al célebre Tomás que guió sus ensayos poéticos. Poco después ya figuró como profesor de algún renombre en el colegio de la Marché en París, donde empezó á traducir *Las Georgiques de Virgilio*. Racin, el hijo, había creído esta traducción

imposible en francés; pero cuando oyó los primeros ensayos del que creía simplemente un temerario, fué el primero en animarlo: en 1769 aparecieron en fin *Las Georgiques* traducidas, y aquí comienza la reputación del autor. Voltaire y el gran Federico fueron los primeros en contribuir á sus triunfos: protegido por el ilustre escritor, Delille fué recibido en la Academia francesa de una manera brillante. Poco tiempo después aparecieron *Los Jardines*, que obtuvieron el mismo éxito, tanto en la corte como en la villa. La reina, el conde de Artois y otras personas notables, rindieron, como todo el mundo, el homenaje de su admiración ante el célebre poeta.

Cuando sobrevinieron los acontecimientos de 1789, Delille se encontraba en la cumbre de la gloria y de la fortuna: la primera debía seguirle, la segunda abandonarle. Sin embargo él fué demasiado dichoso: en medio de los peligros de aquellos tiempos de desorden, obtuvo sin solicitarla la protección de ciertas personas que figuraron á la cabeza de la revolución, y amaban demasiado al poeta para no perdonar al hombre. Precisamente en esta época fué cuando compuso su magnífico diti-rambo sobre la inmortalidad del alma.

Cuando las tempestades políticas tomaron incremento, Delille dejó á París y bien pronto la Francia. De Saint Dié pasó á Bâle, después á Alemania, últimamente á Londres. Pero llamado á su patria por la opinión pública y por las mas dulces simpatías, se vió buscado por la sociedad mas brillante de la capital, y aun por el mismo Bonaparte, cuya gloria brillaba entonces en todo su esplendor. Desde el fondo de su destierro había hecho aparecer sucesivamente *La Eneida*, el poema *De la Piedad*, *El Hombre de los campos*, *Las Georgiques francesas*, la traducción en verso *Del Paraíso perdido de Milton*, el poema *De la Imaginacion*, cuyo espléndido origen ya hemos dicho, y *Los tres reinos de la naturaleza*. Estas obras sublimes, modelos en sus géneros, hicieron doble impresión en una época en que el instinto poético se había adormido desde la muerte de Andrés Chenier.

El renombre de Delille ensalzado por todos los órganos de la prensa, hizo palidecer el de los demás poetas de su tiempo. Esto necesariamente le creó algunos enemigos envidiosos de su gloria, pero que él desarmaba al momento con su trato encantador y las gracias de su carácter.

En los últimos años de su vida tuvo la desgracia de quedarse ciego; pero esta enfermedad que hacia aun mas interesante su persona, no le impidió terminar su poema *De la con-*

versacion, despues del cual él debia reposar en los brazos de la muerte, pero nunca en los del olvido.

En 1811 Delille escogió para reemplazarle en el Colegio de Francia á M. Tissot, que presentó él mismo á sus numerosos discípulos, en medio de los cuales él fué á recibir mas de una vez, al lado de su sucesor y en su cátedra, ovaciones literarias: la juventud siempre lo escuchaba con transporte.

Mme. Delille, cuyos cuidados habian logrado prolongar por algunos años una existencia tan preciosa, no pudo impedir los ataques de una fuerte parálisis, los cuales hicieron sucumbir al ilustre poeta el día 1.º de Mayo de 1812 entre los brazos de una esposa querida. Su cadáver fué puesto al público en el colegio de Francia por espacio de tres días, vestido con sus hábitos y coronado de laurel.

El día de su entierro quisieron sus discípulos conducir sus restos gloriosos; lo que verificaron, acompañándolos las corporaciones del Estado y los mas eminentes literatos y artistas hasta el cementerio del Padre Lachaise, donde su esposa le habia hecho levantar un magnífico sepulcro.

M. Tissot reasume así los juicios que ha hecho sobre este escritor célebre, á quien él sucedió como profesor.

„Delille era el mas vivo, el mas ingenioso, el mas amable y el mejor de los hombres. La traduccion de *Las Georgiques*, le forma ella sola un título de gloria. Su Eneida sembrada de hermosuras de primer orden, en la cual, por decirlo así, fué mas allá de su pensamiento, es todavía una de las obras mas grandiosas, á pesar de tener algunos defectos reconocidos. Su traduccion de Milton escrita en verso por un hombre ciego y de mas de sesenta años, pasa por un prodigio á los ojos mismos de Anglais. Si el poema de la Imaginacion nos hubiera venido de la antigüedad hablaríamos de él con entusiasmo, porque el autor ha desplegado en él todos los géneros del talento poético.

„No obstante, se le tacha de falta de orden en sus composiciones; que no encadenaba su pensamiento á las reglas establecidas por el arte, y que esto hacia su estilo dañoso á la escuela francesa. ¡Mas quién ha podido jamás encadenar al genio!”

De este modo se espresa M. Tissot, y aunque nosotros no nos atrevemos á contradecir la opinion de un crítico que debe ser tan respetado, recomendamos sin embargo la lectura de las obras de este poeta, que ha sabido con-

quistarse gloriosamente el título de gefe de la Escuela descriptiva en Francia.

J. DE P. BLANCO.

EL CABALLERO JOLYOTTE.

I.

La casa de la señora de Champenoix era una de las mas notables por sus reuniones hace algunos años. Tenia esta señora una buena fortuna, y la habitacion que ocupaba en la calle de Bac era suntuosa; era aficionada á la sociedad y tenia una hija llamada Aglae en edad de buscar matrimonio.

Sin hablar de sus comidas ostentosas, la señora de Champenoix recibia todos los martes, y en sus salones figuraban miembros distinguidos de la aristocracia, la riqueza y la magistratura. Hija de un manufacturero, la viuda de M. Faucherel, agente de cambio, se habia casado en segundas nupcias con un noble de provincia que la llevó en dote un palomar en el Anjou y el título de baronesa que la inspiraba mucho orgullo.

Para obedecer á la moda pasaba seis meses del año en el campo, que aborrecia, y los otros seis en París donde llevaba una vida mas á su gusto.

La baronesa, que habia pasado de los cuarenta, conservaba restos de su hermosura juvenil, que esplicaban la admiracion y fidelidad de sus contemporáneos. Hablaba con gracia, se vestia bien, tenia palco en la ópera, y formaba parte de tres sociedades de beneficencia.

A poco que se la conociera, se notaba que tenia cierta inclinacion á los sentimientos novelescos; se compadecia mucho de los infortunios de dos corazones tiernos desunidos por el rigor de la suerte, y no comprendia sino la union simpática de sus almas. Cuando la conversacion recaia sobre este punto, se espresaba con una ternura melancólica, y no dejaba de recordar su matrimonio con el noble que no poseia mas que la capa y la espada.

Pero todo esto no impedia que la baronesa sacara un buen partido de los valores que la dejó el difunto M. Faucherel.

Aglae, que hacia con su madre los honores de la tertulia, aunque en segundo término, era hija del baron pobre, y toda la esperanza de su dote descansaba en las bondades de su madre política, que la manifestaba un vivo inte-

rés con las afectaciones de lenguaje y de sentimientos que le eran propios. Quería que Aglae la llamase mi querida madrina, y ella la llamaba sobrinita; sin duda los dulces nombres de madre y de hija la habrían envejecido. La baronesa tenía el pelo rubio, y sabido es que el pelo rubio no envejece nunca.

Aglae estaba en los diez y nueve años; tenía el cutis rosado y manos muy bonitas que mostraba sin pretension. Siempre estaba bordando; saludaba con la cabeza á todo el que entraba ó salía, y esto con cierta sonrisa que no variaba jamás; las pocas palabras que pronunciaba no podrían dar á conocer la estension y calidad de su inteligencia.

A veces tocaba el piano, pero se atenia á la música lastimera, la única que le gustaba á la baronesa.

Entre los concurrentes mas asiduos é íntimos de la casa, se contaba Estéban de La Rochepont, pariente lejano de la baronesa, y que segun algunos debía casarse con Aglae. Estéban tenía treinta años y una fortuna regular que iba gastando insensible y alegremente. No se aburría ni se divertía: trabajaba cinco ó seis horas diarias en el Ministerio de Negocios extranjeros donde estaba empleado, y montaba á caballo todas las tardes en verano, y todas las mañanas en invierno.

Era hombre de buen humor, y solo se decía contra él que era testarudo en sus cosas.

Estéban no tenía padre ni madre y vivía en una independencia completa: tenía únicamente un pariente próximo, un tío, el caballero Jolyotte, que era su tutor y que vivía á cincuenta leguas de París, en una posesion al lado de Amiens. Decíase que el caballero era muy rico, pero Estéban solo le veía á largos intervalos durante los cortos viajes que el caballero hacia á París, y nunca le pedía nada, ni dinero ni consejos.

Media docena de primos y de primas que le eran indiferentes, completaban su familia.

La fortuna de Estéban consistía en la hacienda de La Rochepont, que le dejó un hermano de su madre con la condicion de que llevase su nombre y no la vendiera nunca, y en una renta de 6.000 francos en papel del Estado que tampoco podía vender. Con todo esto y su sueldo podía vivir á gusto; pero era poco para Aglae, única heredera de una mujer á quien un agente de cambio que pasaba por muy rico habia dejado toda su fortuna.

A la baronesa no la seducían los escasos capitales de Estéban, ni sus cualidades personales, ni su carácter alegre, sino el nombre de La Rochepont perteneciente á una antigua familia; creía que de la alianza de los Champe-

noix y de los La Rochepont debía arrancar una familia ilustre que podría luchar con las mejores casas de Francia.

Otro móvil hacia mas viva la preferencia que la baronesa mostraba por el jóven.

Sentimental, como ya hemos dicho, quería que Estéban saliera de la via en que se estaba perdiendo. Estéban le contaba sus escapatorias, y ella le decía que le habria ofrecido su salvacion si fuera mas jóven; pero en el otoño de su vida quería que Aglae se consagrara á esta obra, pensando en hallar para sí algo de ternura y reconocimiento.

Pero al acordar en su ánimo al jóven la mano de la niña, la baronesa habria querido ver en la espresion de su felicidad una apariencia de sentimiento cuyo beneficio se habria aplicado.

Debemos decir que Estéban no comprendía la astucia, y aceptaba la amistad de la baronesa sin ver nada mas allá, ni la estrategia que pretendía llevarle al matrimonio por un rodeo, ni el deseo íntimo de que se resignara al presente por la imposibilidad de obtener el pasado.

Sin embargo, la posicion del jóven en casa de la baronesa no estaba tan clara que muchos señoritos, unos ricos y ociosos, otros á punto de adelantar en sus carreras, no la frecuentasen asiduamente. Tomando una palabra al lenguaje parlamentario, se podía decir que todos mantenían su candidatura con diversas probabilidades de triunfos, y si no se declaraba un marido para Aglae, no era porque la faltasen pretendientes.

En su número figuraba un primo de Estéban llamado Andrés de Sorgues, jóven de talento y de una fortuna modesta, que no desperdiciaba las ocasiones de bailar con Aglae.

Estéban y Andrés eran condiscípulos, y habian conservado la costumbre de tutearse; pero no se veían mas que unas veinte veces por año en casa de la baronesa.

En tanto que uno de los primos seguía la carrera diplomática con la firme resolucion de no salir nunca de París, el otro, Andrés, habia dado tres veces la vuelta al globo, y se habia adquirido cierta reputacion publicando dos ó tres volúmenes de filosofía que desmentía su vida entera.

Dos años hacia que estaba introducido en el barrio de S. German, prendado de las gracias silenciosas de Aglae. Habiase observado que en cuanto acababa de bailar con él, la jóven se sentaba y no la hablaba mas que por monosílabos. Estéban era el único que obtenía algunos minutos de conversacion.

En este punto se encontraban las cosas cuan-

do una noche la baronesa declaró que preparaba una gran fiesta con motivo del día de Sta. Agata, que era su patrona. Debía haber concierto y baile en su casa. Toda la tertulia fué convidada, y además lo fueron también cuantos tenían algún conocimiento con la baronesa, pues pensaba esta señora que no hay reunión de gran tono sin ahogarse un poco en los salones.

En tales casos Estéban la servía de secretario; él componía la lista, rayando los nombres de los muertos, y reemplazándolos con los de las personas de distinción presentadas recientemente. Cuando estaban corrientes las esquelas, la baronesa sacó una del montón exclamando:

—Me quedo con esta para entregarla yo misma mañana; vendrá la duquesita.

—Ah! la señorita Durand, respondió Estéban; me alegro, bailaré con ella, si mi prima lo permite, repuso volviéndose hácia Aglae.

—Con mucho gusto, respondió Aglae sin levantar los ojos del bordado.

Llegó el día de Sta. Agata y los salones de la baronesa se llenaron de gente. La dueña de la casa vestida de blanco estaba radiante; ostentaba la blancura de sus hombros con una satisfacción que brillaba en su mirada.

Todos los homenajes eran para ella. Aglae bailaba incesantemente.

—Baila, hija mia, decía la baronesa; estás en edad de ello.

Estéban se acercó á la baronesa con una mirada de admiración tan espresiva, que el rostro de la dama se cubrió de un matiz de color de rosa.

—Adulador! respondió ella poniendo su mano en la del jóven que no habia hablado; y echando una ojeada á un espejo que la representaba su imájen, le dió gracias mentalmente por aquella hermosura de un día que la hacía tan dichosa.

En aquel momento una jóven que llevaba un modesto vestido de tul blanco pasó junto á ellos; llevaba por todo adorno una rosa en la cabeza.

—La duquesita! dijo Estéban.

—Pobre jóven!... qué contenta está aquí!... exclamó la baronesa.

Y dando su brazo á Estéban, atravesó la sala.

Luisa Durand, á quien se dirigió la exclamación del jóven, llenaba en aquella casa las modestas funciones de maestra de dibujo y de idiomas.

Parecía tener veintidos años. Estéban la habia visto varias veces, pero no la habia mirado con detención hasta aquella noche. La hermo-

sura de Luisa, que por primera vez se presentaba en los bailes de la baronesa, era de esas que no se distinguen desde luego. Tenía un magnífico cabello castaño y una frente blanquísima; ojos soberbios de un azul oscuro, y ese color mate y parecido al de los alabastros que el sol oriental dora libremente.

La espresion ordinaria de su rostro era una tristeza grave que hacia mas notable aun un sentimiento de altivez impregnado en todas sus facciones. No obstante, cuando la sonrisa abría sus labios, cuando un rayo de alegría hacia brillar sus grandes ojos húmedos y profundos, el rostro de Luisa se iluminaba; era como un paisaje alumbrado por el sol repentinamente. Todo ese conjunto habia merecido á la jóven y pálida institutriz el sobrenombre de la *duquesita*, con el cual era conocida de los íntimos de la casa. Luisa no hablaba sino cuando la hacían alguna pregunta.

La baronesa la manifestaba siempre mucha amistad, lo cual queria decir que no se cansaba de compadecerla. La buscaba discípulas con mucho ruido y largas frases sobre la densa necesidad en que se veía de trabajar para vivir, otra ocasion de hacer alarde de sus ternerios sentimientos. En el fondo las relaciones de la protectora y de la protegida no eran íntimas; de Aglae á Luisa la amistad, aunque mas fria en la superficie, era mas natural y franca.

Estéban queria ver de cerca á Luisa. En cuanto la baronesa dejó su brazo del que se colgaba con movimientos de enredadera, buscó á la duquesita por todos los salones, y al fin la descubrió en el fondo de una pieza pequeña donde se bailaba mas á gusto. El torbellino del vals animaba sus megillas; Luisa estaba como transfigurada, y por primera vez Estéban sintió no ser pintor, pues habria querido llevarse la copia de aquel rostro resplandeciente de vida.

En un rincón de aquel mismo cuarto, un hombre de cabellera canosa estaba de pié sumergido en una contemplación muda. Un contento general brillaba en sus facciones. Seguía atento los movimientos de la bailarina, llevando el compás con el pié. Estéban, que se habia acercado lentamente hácia la puerta donde estaba el anciano, recordó que la baronesa le habia hablado de un viejo profesor de idiomas extranjeros, que era el padre de Luisa.

—Sin duda es él! exclamó.

Habia cierto aire de semejanza entre la jóven y el anciano.

—Luisa es una jóven encantadora! dijo Estéban colocándose junto al padre.

—Encantadora! repitió este como un eco.

—Pocas de las que hay aquí pueden compararse con ella en gracia y distincion.

—No es verdad? exclamó el viejo, que entonces apartó los ojos de Luisa y los clavó en el jóven con una espresion de simpatía y confianza. ¿Podeis creer, añadió, que mi hija no queria venir á este baile? Mucho trabajo me ha costado el decidirla.

—Y por qué? ¿no está hecha para ser el ornato de todas las casas donde tenga á bien presentarse?

—Eso la digo yo... decia que su trage seria pobre en estos salones. La señora baronesa, que ha querido convidarnos, ya sabe que no somos ricos... Y luego, un vestido que ella lleve, por pobre que sea, es un aderezo.

Este orgullo paternal tan sincero y sencillo en su espresion, enterneció á Estéban. Para ser amada así Luisa debia poseer mas que su hermosura. La miró con mas atencion cuando ella se volvia á su puesto, y descubrió en aquel rostro de donde habia desaparecido la animacion del baile, un carácter de elevacion que antes no descubrió; era una mezcla de energía y de inteligencia.

—¿Te diviertes, hija mia? preguntó el anciano.

—Sí, padre mio, respondió la duquesita con una voz sonora y suave.

—¡Tiene tan pocas ocasiones de divertirse! prosiguió el padre volviéndose hácia Estéban como para hacerle confidente de su felicidad.

Luisa alzó los ojos á Estéban; este se inclinó para saludarla, y ella se sentó silenciosamente.

Terminado el baile la baronesa hizo quedar á unas cuantas personas para la cena. Estéban y Andrés fueron de los primeros convidados. Cuando atravesaba una galería del brazo de Estéban vió á Luisa que se cubria para salir.

—No os quedais con nosotros? la preguntó.

Un criado acababa de abrir unas mamparas y se vió una mesa iluminada espléndidamente y cargada de flores. Un ligero estremecimiento coloreó las mejillas de la duquesita, pero sonriendo contestó:

—Señora, tengo lecciones temprano, y son ya las tres...

—Oh! por una vez!... repuso la baronesa; y luego quizá encontrareis personas cuyo conocimiento pueda seros útil.

Estas palabras dejaron confuso á Estéban; sintió haberlas oido.

Luisa dejó asomar una sonrisa ligera á sus labios espresivos, é inclinándose con mucha cortesía respondió:

—Muchas gracias, me basta vuestra buena intencion.

Se retiraba ya cuando un brazo fresco y cariñoso enlazó el suyo; Aglae se acercó á ella y la dijo:

—Quedaos, estareis á mi lado.

Luisa alzó los ojos á la niña y respondió:

—Gracias, me quedo.

Se quitó su abrigo y la siguió. Estéban, que no habia perdido ni un movimiento ni una palabra de su prima, la miraba con sorpresa.

—Sois encantadora! la dijo en voz baja pasando á su lado un momento despues.

—Y por qué? respondió Aglae con serenidad: lo decís por mi vestido?

—Vamos! pensó Estéban, me habré equivocado, ha sido la casualidad!

II.

Pocos dias despues, Estéban al entrar en el portal de una casa donde iba de visita, distinguió á Luisa que bajaba la escalera; en el momento en que ponía el pié en el último escalon, se la cayó un dibujo de una cartera que llevaba bajo el brazo; Estéban se bajó para recogerle y se le devolvió.

—Mil gracias, caballero, dijo ella como si no le hubiera reconocido, y siguiendo adelante le saludó.

Estéban dió dos pasos atrás para verla en la calle.

—Qué bien anda! exclamó.

Luisa llevaba aquel dia un vestido de merino oscuro y una manteleta de paño; pero Estéban habia visto la mariposa, y aquel vestido de crisálida no le engañaba.

Estéban fué por la noche á casa de la baronesa y habló de su encuentro á Aglae.

—Conocéis bien á Luisa? preguntó jugando con los ovidos de seda y de lana.

Aglae dejó su aguja en el cañamazo.

—Parece que la habeis mirado mucho, le dijo con la frialdad que no la abandonaba nunca.

Estéban se puso encarnado sin saber por qué.

—Su posicion la hace interesante, respondió; se diria que no ha nacido para la profesion que ejerce.

—Sé únicamente, respondió Aglae, que es una jóven muy exacta. La he visto venir un dia que tenia calentura. La quiero mucho, pero no es franca conmigo. No me atrevo á hacerla ningun obsequio, porque una vez que la ofrecí una fruslería que pareció gustarla, me trajo luego un objeto de fantasía: „Recuerdo por recuerdo“, me dijo. Por casualidad la he conocido. Tiene un talento que no demuestra. Yo habria querido entrar en la intimidad, pero no lo han permitido las circunstancias.

La creo buena con apariencias de altiva. Cuando una visita ó un paseo interrumpe al cabo de un cuarto de hora la leccion principiada, no la cuenta; y sin embargo es pobre. ¡Cuánto ha habido que rogarla para que se presentase en el baile donde la habeis visto! A veces en el invierno sale á las siete de la mañana y no vuelve hasta las seis de la tarde. En el camino almuerza como puede. Una mañana la casualidad quiso que se abriera una bolsa donde mete sus lapiceros, y descubrí un pedazo de pan y dos huevos duros: ella se sonrojó, pero serenándose al punto me dijo: „Es mi almuerzo“. En cuanto á su historia y la de su padre, nada sé; cuando uno quiere preguntarla, tiene un modo de mirar que corta la palabra en los labios. ¿Cómo no adivinan que es un tesoro de honradez, de valor y de paciencia.

Dos años hacia que Aglae no habia hablado tanto tiempo; Estéban se guardó muy bien de interrumpirla; cuando concluyó la dijo sonriendo:

—Nunca os he visto tan animada y espasiva.

—Me habeis preguntado, y respondo.
Y tomó su aguja para continuar su labor.

Estéban salia de una sorpresa y entraba en otra. Veia una heroina de novela bajo la forma de Luisa, y por otra parte Aglae tomaba un nuevo aspecto á sus ojos. Deseaba continuar la conversacion; pero cuando abria la boca para hablar llegó la baronesa.

—Venid conmigo, le dijo, y me dareis vuestra opinion sobre las telas que están en mi gabinete.

Estéban siguió á la baronesa, y entonces llegó Luisa, que se presentaba á dar las gracias por otras dos lecciones, que la señora de Champenoix le habia procurado.

En seguida queria retirarse, pero la baronesa la detuvo.

—Vuestras luces, la dijo, no estarán de mas en el asunto que nos ocupa.... Como entráis en tantas partes habeis debido observar qué vestidos se llevan, y me dareis vuestro parecer sobre unos que me han traído.

Luisa habia dado otro paso hácia la puerta cuando halló detras de sí á la jóven Aglae.

—No os enfadeis porque os he recomendado esta mañana á las señoritas de Chavemont; son dos amigas mias, la dijo á media voz.

Luisa sin responder la estrechó la mano y pasó con la baronesa al gabinete.

Las telas estaban en un sofá; la claridad de las bugías brillaba en los hermosos pliegues

del moaré y del tafetan, del raso y del terciopelo.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a B. de E. de A.: *Valverde del Camino*.—Por el correo del 21 se le mandó á Vd. el número 36 que reclama.

Sra. D^a R. A de C.: *Horcajo de Santiago*.—Se le han remitido dos ejemplares del cuaderno de Setiembre de 1857.

Sra. D^a F. F. M. de H.: *Madrid*.—Se han recibido los 57 sellos para la suscripcion de la Srta. D^a V. F. y S.

Sr. Don R. M. de V.: *Baeza*.—En el próximo patron, el cual se le remitirá por duplicado, encontrará el nombre que pide. Los números de Setiembre que le faltaban se le han remitido el dia 23.

Sr. Don M. B.: *Sevilla*.—Se han recibido 9 sellos para su suscripcion hasta fin de Setiembre.

Sr. Don F. B.: *Cáceres*.—Suscrito hasta fin de Febrero de 1859.

Solucion del geroglífico anterior.

El amor conduce al hombre á la locura, al anonadamiento y al heroismo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

